

el marxismo-leninismo y los problemas nacionales

Es un hecho conocido que los partidos comunistas han demostrado, y siguen demostrando, una especial incapacidad, no ya solo para impulsar, sino incluso para comprender los problemas nacionales. Los comunistas argelinos (y los franceses, por supuesto) se opusieron al F.L.N., lo mismo que los comunistas vascos y los españoles, bajo la dirección de Dolores Ibarruri, se opusieron a la causa de Euzkadi. Lo mismo se han opuesto en el Kurdistán, en Quebec, y en todos los países en que la dimensión „anti-imperialista” de los tales movimientos nacionales no les parecía clara ; hasta que, eso sí, por oportunismo aparentemente, han decidido subirse al carro de los que parecían ya vencedores inevitables a pesar de su „chauvinismo”...

Sería un gran error atribuir esta línea política constante, aun en cuadros sociológicos tan distintos, a un puro azar. La tendencia de los comunistas a oponerse a los movimientos nacionalistas étnicos, calificándolos cómodamente de „burgueses”, es evidente. En Catalunya y en Euzkadi acaban de producirse estos últimos meses sucesos significativos en los movimientos clandestinos respectivos ; y en todos los casos la reacción de los marxistas oficiales, y de sus hombres de paja „catalanes” y „vascos”, ha sido la misma : han tratado de reducir el problema al choque con la „mentalidad chauvinista pequeño-burguesa”.

No está en nuestras intenciones hacer un análisis exhaustivo del problema, explicitando de un modo totalmente sistemático la doctrina marxista-leninista respecto a las nacionalidades. Pero antes de pasar a ciertos hechos de actualidad muy reveladores, sí queremos recordar brevemente la posición de los teóricos marxistas más destacados.

El marxismo-leninismo, centrado en el materialismo dialéctico e histórico, considera el problema nacional como un problema secundario : „Para él (para Marx) no hay duda de que al lado del 'problema obrero' el problema nacional no tiene sino una importancia subordinada”, dice Lenin en su libro *Questions de la Politique Nationale et de l'Internationale Prolétarienne*, (pág. 102). Unas líneas antes declara : „Marx y Engels consideraban la cuestión nacional con un severo espíritu crítico, analizando su significación en función de las condiciones históricas”.

Lenin adoptó una posición menos anti-nacionalista que sus antecesores ; pero en sus libros no hay, ni podría haber, una afirmación general (que en terminología marxista sería „abstracta” y „metafísica”) del derecho de las etnias, como tales, en tanto que comunidades culturales específicas, a conservar su peculiaridad nacional. Para

Lenin, enemigo sincero del imperialismo, los problemas nacionales han de ser estudiados en su contexto histórico y sociológico completo. La validez de una reivindicación concreta depende solo de ese análisis concreto, y de las repercusiones que esa reivindicación concreta vaya a tener en el contexto general de lucha de clases y de ataque a la burguesía. Stalin veía el problema de idéntico modo (ver *Branka* 3-4, página 29).

Lenin no duda en defender abiertamente ciertas posiciones anti-checas de Marx. Y dice en su citado libro (nota de la página 140) : „Se dice frecuentemente — por ejemplo, estos últimos tiempos, el chauvinista alemán Lensch, en los números 8 y 10 de *Die Glocke* — que la actitud negativa de Marx hacia el movimiento nacional de ciertos pueblos, por ejemplo de los checos en 1848, refuta desde el punto de vista del marxismo la necesidad de reconocer el derecho de las naciones a disponer de sí mismas. Pero esto es falso porque, en 1848, había razones históricas y políticas de establecer una distinción entre las naciones 'reaccionarias' y las naciones democráticas revolucionarias. Marx tenía razón al condenar a las primeras y defender a las segundas. El derecho de autodeterminación es *una de las* reivindicaciones de la democracia, que debe, naturalmente, estar *subordinada* a los intereses generales de la democracia. En 1848 y en los años siguientes esos intereses generales consistían, en primer lugar, en combatir el zarismo” (el subrayado es aquí nuestro).

No es difícil hallar asimismo docenas de autores marxistas que consideran la lengua (fundamento de la entidad nacional) como parte de la „superestructura” ; con lo cual lo nacional, que tiene base sobre todo lingüística, queda automáticamente relegado a un nivel secundario, cuando no identificado al resto de la „superestructura ideológica burguesa” que la revolución debe barrer.

En cuanto a la cultura nacional, o a la nación misma, mal pueden ser defendidas como tales por los marxistas-leninistas, por la sencilla razón de que les parecen inexistentes. Dice Lenin : „Cada nación contemporánea comprende dos naciones, diremos nosotros a todos los nacional-sociales. Cada cultura nacional comprende dos culturas nacionales. Hay una gran cultura gran-rusa de los Purichkevich, de los Guchkov y de los Struvé ; pero hay igualmente una cultura gran-rusa caracterizada por los nombres de Chernichevsky y Plekhanov. Del mismo modo, hay *dos* en Alemania, en Francia, en Inglaterra, entre los judíos, etc.” (pág. 29). La cultura nacional es un mito : hay una cultura burguesa frente a una cultura proletaria, eso es todo. He ahí la verdadera divisoria a ojos de Lenin : la diferencia de clase. Hablar de „cultura nacional” es un absurdo, pues la cultura es sobre todo y ante todo cultura *de clase*.

De ahí que el desarrollo nacional no sea tampoco un quehacer de primer orden : „¿ Lucha contra todo yugo nacional ? Sí, desde luego. ¿ Lucha *en favor de* todo desarrollo nacional en general, *en favor de* la 'cultura nacional' ? No, desde luego” (los subrayados son aquí de Lenin). „El principio del nacionalismo burgués es el desarrollo de la

nacionalidad en general ; de ahí el carácter exclusivo del nacionalismo burgués, las querellas nacionales sin salida. En cuanto al proletariado, lejos de querer defender el desarrollo nacional de toda nación, pone en guardia a las masas por el contrario contra tales ilusiones, preconiza la libertad más completa para los intercambios capitalistas, y saluda toda asimilación de las naciones, excepto la asimilación por la fuerza o la que se apoya en privilegios" (pág. 32).

Y puntualiza, en la página 71 : „En nombre del 'carácter práctico' de sus reivindicaciones, la burguesía de las naciones oprimidas llamará al proletariado a sostener sin reserva sus aspiraciones. Lo más práctico es decir francamente 'sí' a la separación *de una tal* nación ; pero un no rotundo al *derecho* de separación de todas las naciones, sean cuales sean" (los subrayados son de Lenin).

También por táctica política son los comunistas enemigos de la parcelación en las organizaciones de lucha. El P.C. chino, por ejemplo, a pesar de la multinacionalidad oficialmente reconocida del Estado chino, es un partido unitario y centralista. ¿Cómo extrañarse de que los P.C. español y francés sean unitarios, y se resistan a la bendición de un P.C. nacional vasco ? Dice el propio Lenin : „Trataremos aparte del derecho de las naciones a disponer de sí mismas, es decir, a separarse y a constituir un Estado nacional distinto. Pero entre tanto que diversas naciones constituyen un solo Estado, los marxistas no preconizarán en ningún caso ni el principio federativo, ni la descentralización. Un gran Estado centralizado constituye un enorme progreso histórico, que conduce de la parcelación medieval a la futura sociedad socialista del mundo entero ; y no hay, ni puede haber otra vía al socialismo, que ésa que *pasa* por un tal Estado (ligado *indisolublemente* al socialismo)" (pág. 45 — subrayados de Lenin).

Y es natural que así sea.

En una concepción horizontal de la sociedad, no hay, ni puede haber, lugar para afirmaciones rotundas no horizontales.

A lo sumo, y siempre en el contexto de la lucha contra el imperialismo („última fase del capitalismo"), cabrá una identificación simplista entre la lucha de clases y la lucha de liberación nacional, muy en boga hoy entre los comunistas pro-chinos. Decía así el n° 12 de *Bandera Roja*, de Pekín, que „la cuestión de las nacionalidades está ligada a la de clases ; de hecho, la cuestión nacional es la cuestión de las clases. El camarada Mao-Tse-Tung lo ha subrayado : la lucha nacional es fundamentalmente la lucha de clases".

Naturalmente : tales afirmaciones rotundas son difícilmente sostenibles en un plano histórico y científico.

Los marxistas-leninistas, consecuentes con su idea de que los problemas nacionales son un tanto pseudo-problemas, creen que no hay solución directa de los mismos ; y estiman que solo podrán ser „superados" dialécticamente cuando la lucha de clases cese. Ya la simple „fase socialista" debería, según los teóricos del marxismo-

leninismo, provocar indirectamente una disminución en el número y la virulencia de los problemas nacionales. Esta es la predicción esencial del marxismo. Las barreras nacionales tenderán a desvanecerse de por sí ; así como el Estado marxista al servicio del proletariado deberá disolverse progresivamente. Las lenguas nacionales, en la misma línea de ideas, darán paso a una lengua universal (que Stalin identificaba con el ruso). La fraternidad universal será irreversible. Etcétera.

De ahí que solo el „socialismo científico” pueda solucionar los problemas nacionales. „Marx no hace de los movimientos nacionales un absoluto, porque sabe que solamente la victoria de la clase obrera podrá liberar enteramente a todas las nacionalidades” (Lenin, *Questions de Politique Nationale*, pág. 106). Y continúa en la página 155 : „En régimen capitalista es imposible romper el yugo nacional (y el yugo político en general). Para eso es necesario suprimir las clases, es decir, instaurar el socialismo”.

Y el tratado de Kuusinen, *Les Principes du Marxisme-Léninisme*, reproduce la misma idea en la página 299 : „Es precisamente la lucha emancipadora de la clase obrera la que garantiza a toda nación el mantenimiento de su libertad y de su independencia, su igualdad con otras naciones, el crecimiento del bienestar de todas las capas de la población, el florecimiento de la cultura nacional”.

Todo esto es perfectamente ortodoxo, pues ya Marx mismo, en el segundo capítulo del *Manifiesto Comunista*, dice : „Abolid la explotación del hombre por el hombre, y aboliréis la explotación de una nación por otra nación. A partir del momento en que decae el antagonismo de clase en el interior de una nación, decae igualmente la hostilidad de las naciones entre ellas”.

De ahí la conocida fórmula de los Estados comunistas plurinacionales : „fondo socialista, forma nacional”. Es lo que explica el tratado de Kuusinen : „El acercamiento progresivo de las naciones no es impuesto desde fuera, tiene un carácter objetivo y corresponde a las necesidades y a las leyes de desarrollo de la sociedad que construye el comunismo. Este proceso es, ante todo, un resultado normal de la evolución de todas las naciones sobre una misma base socialista ; (...) su cultura, aun permaneciendo nacional por la forma, se penetra cada vez más de un contenido socialista único” (pág. 682).

Nada más lejos, sin embargo, que una afirmación nacional de base étnica. Cuando Marx afirma en el *Manifiesto* que „los obreros no tienen patria”, nosotros estamos de acuerdo en que no la tienen mientras la nación esté en manos de una clase dominante. Pero prosigue Marx : „Como el proletariado de cada país debe conquistar en primer lugar el poder político, erigirse en clase dominante de la nación, convertirse él mismo en la nación, es incluso nacional por ese lado, aunque de ningún modo en el sentido burgués de la palabra. Ya las demarcaciones nacionales y los antagonismos de los pueblos desaparecen poco a poco. (...) El proletariado en el poder los hará desaparecer más aún”. Y esta concepción marxista de lo nacional no tiene la menor dimensión étnica ni cultural específica. Se trata de un patriotismo horizontal, anti-nacional, abstracto y descolorido.

Para el marxismo-leninismo el problema nacional es así secundario respecto a la lucha de clases, y solo será „superado” tras el establecimiento del „socialismo científico”.

¿ Qué dicen los hechos, la „praxis” histórica, definitivo criterio de verdad para los marxistas mismos ? ¿ Qué muestran los 50 años de experiencias marxistas-leninistas ?

Sería injusto no reconocer una real tolerancia *cultural*, un tanto extendida, por parte de los Estados comunistas hacia sus minorías étnicas. En ciertos casos ha habido, un esfuerzo incluso por convertir en literarias y unificadas ciertas lenguas minoritarias, ignoradas hasta entonces por la Ley (especialmente en la U.R.S.S.). Esta actitud respetuosa contrasta con el chauvinismo centralista de muchos Estados occidentales.

Pero incluso esa tolerancia cultural ha sufrido netos altibajos según las coyunturas políticas, y no ha sido igualmente efectiva en todos los Estados comunistas. Así como hemos empezado por decir la parte positiva ; y sostenemos que sería inadmisibile, por ejemplo, comparar a la U.R.S.S. actual con el imperio pan-ruso zarista ; debemos resaltar también, en honor de la verdad que, incluso esa política de *tolerancia cultural* de las etnias, está muy lejos del paraíso fraternal, sin contradicciones nacionales, equilibrado y libérrimo, de que hablan los libros marxistas. Es lo que probaremos aduciendo hechos perfectamente ciertos.

En el terreno *político*, por otra parte, no se ha producido *ningún caso de separación* en ningún Estado comunista : el derecho teórico de las etnias a *separarse* (y cambiar de órbita política) no ha sido aplicado nunca. En un país en que cada votación da un 99,90 % de „sí” a las listas únicas del P.C., esto es normal. Pero para los no marxistas, esa unanimidad puede parecer extraña, en Estados multi-nacionales de 200 y hasta de 600 millones de habitantes.

La „superación” de los problemas nacionales, a pesar de la tolerancia cultural y del socialismo científico, está muy lejos de producirse, como veremos más abajo. Y esto autorizaba el encabezamiento de un artículo reciente de Bernard Féron, en *Le Monde Diplomatique* de Enero de 1967 : „En contradicción con las previsiones marxistas, el socialismo no ha puesto fin a las disputas nacionales”.

A lo largo del mes de Abril se ha hablado mucho, por ejemplo, de la tensión serbo-croata, en Yugoslavia ; hasta el punto de que el propio Mariscal Tito se ha visto obligado a intervenir en la polémica. A pesar de la extremada tolerancia del gobierno yugoslavo hacia las nacionalidades del Estado federal (solamente comparable a la de Suiza y Bélgica), las fricciones continuán. El socialismo no ha bastado allí para eliminar los problemas nacionales.

Lo propio ocurre con los albaneses del Estado yugoslavo. Como es sabido no solo hay albaneses en Albania ; sino que también los hay en la región yugoslava de Kosmet. A raíz de un incidente policíaco, los líderes albaneses „skipetars” han presentado un informe en el que se quejan de ser „víctimas del chauvinismo serbio”.

Pero es fácil que los marxistas-leninistas rechacen la validez de estos hechos, pues Tito es considerado (con razón) como un heterodoxo del marxismo-leninismo.

No es difícil, sin embargo, aducir fenómenos análogos sucedidos recientemente en Estados comunistas diversos, tanto pro-soviéticos como pro-chinos.

Por ejemplo, un problema del que se habla cada vez más (y que el diálogo con ciudadanos rumanos demuestra ser tabú), es el problema de Besarabia, zona al Nordeste de Rumanía, integrada hoy en la República Soviética de Moldavia.

La zona de Besarabia, comprendida entre Ucrania y Rumanía, es una zona en disputa, del estilo de Alsacia-Lorena. Etnicamente el pueblo de Besarabia es un pueblo latino, de lengua rumana (excepto al Norte, donde la población es ucraniana). Incluso la iglesia ortodoxa del país emplea el rumano (escrito, en esa zona, en caracteres cirílicos).

Besarabia, sometida hasta el siglo XIX a los turcos, ha formado parte del Estado rumano desde 1918 a 1940, año en que pasó a la U.R.S.S.

El violento discurso de Ivan Bodul, Secretario del P.C. de Moldavia, demuestra que la tensión entre la U.R.S.S. y Rumanía está aumentando a causa del „separatismo” de la región. El diario *Le Monde* daba cuenta de estos hechos en su número del 16 de Marzo de 1967, bajo el título : „La U.R.S.S. rechaza las pretensiones rumanas sobre Besarabia”.

El discurso de Bodul ha sido publicado, en Febrero de 1967, por el periódico comunista oficial *Sovietskaya Moldavia*. Según el diario francés „se ve al leerlo que las reivindicaciones rumanas encuentran un eco favorable en el territorio de Moldavia, donde los partidarios de la reunión de Besarabia — que forma parte de la Rep.S.S. de Moldavia — a Rumanía conducen la campaña abiertamente, sin tener en cuenta los peligros que ella supone para ellos. Frente a esas reivindicaciones territoriales de Rumanía, y al movimiento ‘nacionalista’ de los moldavos (léase rumanos ciudadanos soviéticos que habitan en Besarabia) la U.R.S.S. ha contestado : ‘Besarabia no ha sido jamás parte del territorio rumano’. El control que ha ejercido éste en Besarabia de 1918 a 1940 ‘no ha sido sino una ocupación’.”

Y ha proseguido Bodul : „Nuestros hijos, y las generaciones venideras, deben saber perfectamente que sus padres no imaginaban una existencia posible fuera de Rusia”. Simultáneamente el moldavo Barbulat, jefe de agitación y propaganda del P.C. de Moldavia, ha sido reemplazado por el ruso Konstantinov.

„Bodul ha atacado al ‘Oeste’ (Rumanía se encuentra también al Oeste de Moldavia), donde se hacen nuevos intentos actualmente para negar el hecho de la alienación de Besarabia, así como para probar que ese territorio no ha sido ocupado, sino reunido a la Rumanía burguesa con un supuesto apoyo del pueblo”.

En cuanto al historiador Tzaranov, dentro de la línea oficial de Bodul, ha atacado a los „falsificadores burgueses de la historia” : „El Comité Central del P.C. de Rumanía había saludado en 1940 la

liberación de Besarabia y su unión a la gran familia de los pueblos soviéticos como un acto de restablecimiento de la justicia histórica, arrojada al suelo por los capitalistas rumanos en 1918 ; como un acto que realizaba las aspiraciones del pueblo moldavo". Lo que no está claro es que el tal „historiador" se olvide de que esa „cesión" fué acordada entre Stalin y Hitler a la hora de su famoso pacto...

Desde entonces la U.R.S.S. prosigue su trabajo des-rumanizador, dentro de la más pura ortodoxia imperialista ; y eso a pesar de hallarse frente a otro Estado marxista-leninista... y no menos exento de chauvinismo, según las teorías oficiales.

Cabría citar docenas de ejemplos.

Ya en el *Branka* n° 3-4 dimos a conocer el genocidio cometido por Stalin contra los finlandeses de Carelia, que fueron diseminados por la U.R.S.S. y reemplazados en su país por rusos de procedencia diversa.

No solo hay pueblos divididos en diversos Estados en el mudo no comunista. Hemos citado ya el caso de los albaneses, repartidos en Albania y Yugoslavia. Existe el caso de los macedonios, en Bulgaria y Yugoslavia ; de los húngaros de Yugoslavia y de Rumanía ; de los rumanas, ya citados, de Ucrania ; de los alemanes de Polonia y Checoslovaquia ; etc. etc. No solo los vascos estamos sometidos a Estados distintos según las zonas de influencia o de conquista...

Pero hay dos zonas de fricción constante entre la U.R.S.S. y China, ahora en plena efervescencia, y que provienen de los territorios de Asia Central repartidos de modo colonialista en el siglo XIX, sin tener en cuenta para nada las características objetivas ni la voluntad de las poblaciones que las habitan. Se trata del Turkeistán y de la Mongolia, divididos por una frontera totalmente arbitraria.

Hay un Turkeistán soviético, con tres repúblicas (Kazakhistán, 11.000.000 ; Kirghizia, 2.500.000 ; y Tadjikia, 2.500.000) ; y hay un Turkeistán chino, el Sinkiang, que comprende esencialmente 3.901.000 oigures y 533.000 kazakhs (año 1961). El Turkeistán es étnicamente un país turco.

La inmigración masiva de chinos al Sinkiang (que es una zona de gran riqueza minera) hace que la población autóctona sea ya hoy minoritaria. Por otra parte, tras el levantamiento separatista de 1957, Mao Tse Tung decidió aislar a los turcomanos „chinos" de los turcomanos „soviéticos" ; y con tal fin decidió, entre otras medidas, introducir el alfabeto latino en aquella zona, frente al alfabeto cirílico impuesto en el lado soviético. Entre 1958 y 1960 el Sinkiang separatista fué sometido a un esfuerzo de „chinificación" de la región : escuela y administración chinas, etc. Tras un período de calma aparente la actual „revolución cultural proletaria" ha reforzado aún más la persecución anti-turca y anti-musulmana en esta zona.

Los despachos dando cuenta de genocidio cultural en el Sinkiang se multiplican desde principios de 1967 ; y el éxodo hacia la U.R.S.S. de turcomanos „chinos" se efectuá hoy en masa. El movimiento patriótico kazakh se está reforzando ; „un coronel chino, refugiado en Alma-Ata (Alma-Ata es la capital de la Kazakhia soviética) ha declarado últimamente que los chinos acusan a los kazakhs del Sinkiang

de querer crear un Estado kazakh, con todos los kazakhs que viven actualmente en China, en Mongolia y en la U.R.S.S." (ver *Le Monde Diplomatique* de Marzo de 1967).

No menos complicado es el caso de los mongoles, descendientes del Imperio de Gengis Khan. También los mongoles se hallan hoy divididos por dos Estados extranjeros ; y el plan patriótico de unificación, que llegó a su punto álgido en el fracasado Congreso Pan-Mongol de Chita de Febrero de 1919 (al que no asistieron los mongoles „soviéticos") es ya irrealizable. Tanto la U.R.S.S. como China han sabido jugar hábilmente la carta de la división entre mongoles del Norte y mongoles del Sur ; ya que las poblaciones respectivas, sometidas a Rusia, a Mandchuria y a China en proporciones diversas a lo largo de la Historia, eran víctimas fáciles para creer el mito de „las dos Mongolias”.

Al Norte el Estado de „Mongolia Exterior” (destino de Molotov a la caída de Malenkov), satélite de Moscú, profundamente imbuído de cultura rusa, ha mantenido con todo una integridad nacional mayor ; y hoy parece gozar de un período de afirmación general, económica y cultural en particular. El sentimiento separatista ha desaparecido aparentemente.

Al Sur, los mongoles de la llamada „Mongolia Interior” (de 1.641.000 habitantes en 1961), región „autónoma” del Estado chino desde 1947 (pues en China no hay „Repúblicas” teóricamente independientes, como en la U.R.S.S.), están siendo asimilados a marchas forzadas. Entre 1911 y 1931 se ha producido el hundimiento del movimiento separatista anti-chino, por falta de apoyo por el Norte. Los años de ocupación japonesa, y la llegada masiva de inmigrantes chinos, han cambiado las bases sociológicas mismas del país : los autóctonos solo representan hoy el 12 % de la población. El movimiento mongol ha perdido sus aristas, y ha sido „integrado” en un autonomismo abstracto y pro-chino. La actual revolución cultural, de signo profundamente chino, se ha mostrado aquí poco respetuosa de los valores mongoles. Y en consecuencia cabe decir que el pueblo mongol del Sur está en vías de extinción.

Todo esto demuestra que los problemas nacionales están mostrando, en contra de las opiniones simplistas del marxismo-leninismo, una gran autonomía respecto a los problemas de las clases y del socialismo propiamente dicho ; y que para su solución se requieren otras consideraciones y otras medidas.

USAKO